

prácticas políticas en el siglo XIX, “la ciudadanía es el eje de un modelo moral que exige que el estado responda a la Voluntad General —o a un consenso formado por el público—, y que impone la obediencia como contribución al Bien Común”.

Podemos decir que Mario Camarena nos muestra a unos *Jornaleros, tejedores y obreros* que, cuando menos a lo largo del siglo XIX, fueron muy bien portados, obedientes, respetuosos, fieles a sus patrones, que combinaban el trabajo de su propiedad agraria con las labores fabriles; la gente que “vivía de lo obtenido de las empresas era una minoría”. Desde nuestra óptica y en los aspectos políticos, dichos obreros actuaron como las bases orgánicas de los partidos que se identificaron con los postulados de la democracia cristiana. Este tipo de hipótesis puede ser muy polémica,

ya que, hasta ahora, los estudiosos de la clase obrera decimonónica se han empeñado en explicar que las fuentes de inspiración habían sido el socialismo y el anarquismo. Por eso pensamos que este texto arroja luz sobre una nueva vía de interpretación; es indispensable investigar más a fondo.

Resta decir que la industria textil fue pionera en la incorporación de grandes contingentes de mujeres. En el libro son múltiples las menciones que se hacen de ellas, pero nos hubiera gustado que se les dedicara un apartado. Es fácil imaginar que dicha situación generó una cultura particular en la comunidad textil. Con toda seguridad, las familias sufrieron modificaciones en su organización interna y los roles desempeñados por cada uno de sus miembros. La participación de la mujer les proporcionó un lugar en la toma de deci-

siones de las políticas públicas. Las fábricas fueron espacios compartidos por hombres y mujeres; de manera cotidiana, hombro con hombro, en igualdad de circunstancias ponían su mejor esfuerzo para cumplir con sus tareas. Ambos estaban sometidos a una férrea disciplina. A pesar de los años, las condiciones laborales habían cambiado mucho. Por ejemplo, una trabajadora textil le confesó a Virve Piho, autora de *La obrera textil* (UNAM, 1974):

Me duelen mucho los pies por estar todo el día parada. Y aunque me pudiera sentar un ratito mientras los hilos se están devanando, esto no está bien visto por la empresa. Dicen que uno es flojo. Cuando estoy a destajo, me estoy matando en el trabajo y cuando estoy por día, me están vigilando todo el tiempo, así que sale igual.

Paradojas en la política de asilo cardenista

Pablo Yankelevich

Daniela Gleizer Salzman, *México frente a la inmigración de refugiados judíos 1934-1940*, México, INAH/Fundación Eduardo Cohen, 2000, 202 pp.

De tomar en cuenta la generosa conducta del gobierno de Lázaro Cárdenas frente a los republicanos españoles, se podría pensar que ese mismo gobierno mantuvo una política similar para con todos los perseguidos europeos; sin embargo, el libro de Daniela Gleizer ha venido a demostrar que el sexenio cardenista exhibe muchas más sombras que

luzes, por lo menos en el caso de los judíos acosados por el nazismo.

Sobre la base de irrefutables hallazgos documentales, la autora estudia la manera en que se combinaron los prejuicios raciales con una muy restrictiva política migratoria puesta en marcha a raíz de la crisis mundial de 1930. Como consecuencia de esta crisis que devolvió al país a millares de connacionales expulsándolos de Estados Unidos, la Secretaría de Gobernación, en defensa de un ya limitado mercado de trabajo, estableció cuotas migratorias de acuerdo con las nacionalidades de los potenciales inmigrantes. A la sombra de las llamadas “tablas diferen-

ciales” que, publicadas anualmente, fijaban el número de extranjeros que serían admitidos en México, se fueron colando conductas xenofóbicas contra grupos y comunidades de extranjeros; entre éstos, un lugar destacado lo ocuparon los judíos, resultado de un ambiente donde las políticas antijudías iban en aumento a partir del ascenso del nazismo al poder en 1933.

Y esta política antijudía fue teniendo ámbitos gubernamentales, desde donde se tomaron decisiones que apuntaron en dirección opuesta a las muy conocidas posturas antifascistas de la política exterior del cardenismo. Gleizer exhibe docu-

mentos confidenciales donde se prohibía “la inmigración judía, que más que ninguna otra, resulta indeseable por sus características psicológicas y morales, por la clase de actividades a que se dedica y por los procedimientos que sigue en sus negocios de índole comercial”. La autora explica las formas con que estos documentos, gestados entre 1930 y 1934, determinaron una conducta errática del cardenismo frente a los refugiados judíos.

México acogió en aquel entonces a científicos, artistas, intelectuales perseguidos por el nazismo, pero esa generosidad no mantuvo una exacta simetría para con contingentes mayores de hombres y mujeres. Uno fue el discurso y otro asunto fue la verificación de ese discurso en hechos concretos. Sin ninguna duda, la mayor fidelidad entre la retórica y los hechos se verificó con los republicanos españoles, experimento a todas luces excepcional en la historia del asilo y el refugio en México. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de otras experiencias también emblemáticas, los norteamericanos en los cuarenta y los cincuenta, los sudamericanos en los setenta y los guatemaltecos en los ochenta, que llegaron a este país en busca de un espacio donde preservar la libertad o conservar la vida. En todos estos casos hubo limitaciones, persecuciones en algunas ocasiones, marchas y contramarchas; digamos entonces que no fueron refugios tersos donde la conducta gubernamental haya mostrado una coherencia indiscutible, todo lo contrario.

El libro de Daniela Gleizer se coloca en esta dirección, al estudiar esas conductas contradictorias, esas ambigüedades, esas marchas y contramarchas del gobierno de Lázaro Cárdenas frente a los refugiados judíos. Dar cuenta de este proceso no resulta fácil, debido a que se trata del mismo gobierno que abrió las

puertas a los perseguidos del fascismo en su versión franquista, del mismo gobierno que condenó en la arena internacional y persiguió en su territorio a los adherentes, militantes y simpatizantes de Adolfo Hitler y Benito Mussolini, del mismo gobierno que acogió a decenas de científicos, intelectuales y artistas judíos y no judíos perseguidos por el nazismo: Anna Seghers, Marietta Blau, Egon Kish, Leo Katz, Paul Mayer, Hanns Eisler, Stefan Zweig, Gertrudi Duby, y tantos otros. Sin embargo, ante la contundencia de los hallazgos documentales, no queda duda de que en aguas del golfo de México, casi al mismo tiempo que se recibía a los refugiados españoles del Sinaia, se impedía el desembarco de judíos a bordo del Orinoco, del Iberia y otros buques. ¿cómo explicar estas conductas paradójicas?, ¿cómo interpretar a un gobierno que se negó a admitir judíos, pero que llegó a pensar en un programa de colonización agrícola en Tabasco donde se instalarían millar y medio de ellos? De todos estos asuntos da cuenta el libro de Daniela Gleizer.

En primer lugar, la investigación pone de manifiesto la existencia de una tensión que hizo contradictorio un discurso solidario para con los perseguidos en el marco del ascenso del nazismo y una acción restrictiva que impidió su ingreso “masivo”, subrayó “masivo”, para diferenciarlo de aquellos que sí consiguieron entrar de manera solitaria y previas gestiones ante el gobierno mexicano. En este sentido, parece claro que las autoridades quisieron evitar un “desembarco masivo” de decenas, y en el mejor de los casos centenas, de judíos, cuya presencia, y sobre todo la difusión de esa presencia, podían haber repercutido negativamente en un ambiente nacional teñido con fuertes tonos de xenofobia. En segundo lugar, el libro demuestra la

existencia de diferencias marcadas en el interior del gabinete, queda claro la profundidad de las distancias que separaban a la Secretaría de Relaciones Exteriores, encabezada por Eduardo Hay, de la Secretaría de Gobernación, bajo el mando de Ignacio García Téllez. Pero también se rastrea la presencia de opiniones antijudías entre algunos miembros del servicio exterior mexicano, sobre todo del representante mexicano en Londres, el mismo que participó en las reuniones internacionales dedicadas al tema de los refugiados judíos. En este sentido, el libro demuestra la diversidad de opiniones, muchas de ellas contradictorias, entre las distintas agencias del gobierno federal, y frente a ello, el escaso protagonismo de Cárdenas para enderezar una ruta que se alejaba de sus indudables convicciones antifascistas. El presidente, con seguridad, conocía lo que estaba ocurriendo, y poco hizo para remediarlo, por el contrario, su conducta terminó atrapada en las mismas contradicciones que caracterizaron el tratamiento del asunto judío.

Por otra parte, el libro abre una sugerente línea de reflexión en torno a una política migratoria fundada en criterios de selectividad, que excluyó a nacionalidades y colectividades. Estos criterios se fundaron en la supuesta necesidad de homogeneizar racialmente a la nación, impidiendo el ingreso de extranjeros cuyas manifiestas diferencias culturales, lingüísticas y religiosas atentaban contra una deseada mestización del pueblo mexicano. Este argumento estuvo en la base del “antisemitismo” que descubre Gleizer, argumento sobre el que se montó una campaña fundada en prejuicios raciales y sobre todo, en pleitos por competencias comerciales donde llegaron a enfrentarse intereses mexicanos y judíos. De tomar en cuenta estas coordenadas, las aproxima-

ciones al “antisemitismo” mexicano pueden resultar más equilibradas. Las organizaciones antisemitas en México, además de minúsculas, fueron severamente reprimidas. Estudios recientes muestran la suerte que corrió el más significativo de los grupos de filiación nazi fascista: los Camisas Doradas con Nicolás Rodríguez al frente. Alicia Gojman, por ejemplo, demuestra la voluntad política del presidente Cárdenas por desarticular esta organización, y con este objetivo la labor de inteligencia y combate a estos nazis locales correspondió a la misma Secretaría de Gobernación bajo el mando del mismo Ignacio García Téllez, que tan ferozmente se opuso a la llegada de refugiados judíos. A diferencia de brotes xenofóbicos de mayor extensión geográfica y de mayor profundidad social, como los movimientos

antichinos, las manifestaciones antinorteamericanas o las campañas antiespañolas, el antisemitismo cristalizó en núcleos sociales vinculados al comercio y a la pequeña industria, y en espacios muy circunscritos: la ciudad de México, pero sobre todo, la zona del Bajío, justamente allí donde las fuertes reacciones antijudías se produjeron en momentos en que el fanatismo católico encabezaba una segunda guerra cristera entre 1935 y 1938, los mismo años en los cuales tomaron cuerpo las conductas antisemitas que estudia Daniela Gleizer.

Más allá de estas consideraciones, y frente al problema concreto de los judíos apátridas, aquellos que los nazis habían dejado sin pasaportes, e inclusive frente a cientos de judíos perseguidos con los visados en regla, el gobierno de Cárdenas

fue mezquino, por decir lo menos. En las decisiones pesaron mucho más los prejuicios que los ideales, pesaron mucho más las consideraciones de política interna que la doctrina mexicana de asilo y refugio. Sin embargo, junto a esta conducta, se debe considerar la autorización para que llegaran a cuentagotas científicos, intelectuales y artistas judíos, y muchos otros que pudieron ingresar al país porque ya estaban aquí algunos de sus familiares. Todos estos hechos ponen de manifiesto que la conducta “antisemita” no fue monolítica y, en este sentido, el libro tiene el mérito de mostrar los claros oscuros, las tensiones y los mecanismos por donde terminaron imponiéndose consideraciones raciales sobre el humanitarismo y la solidaridad que tanto ennobleció al gobierno cardenista.

La red de ensueños de Mariana Yampolsky

Rebeca Monroy

Elena Poniatowska, *Mariana Yampolsky y la buganvillia*, México, Plaza y Janés, 2001, 119 pp.

Una de las más destacadas fotografías de nuestro país fue Mariana Yampolsky, quien forjó una larga y espléndida trayectoria durante casi seis décadas. El día 3 de mayo del 2002 ella se despidió de nosotros y de su cámara Hasselblad, y por ello es importante hacer un reconocimiento al más reciente libro que se publicó en torno a esta maravillosa mujer.

Elena Poniatowska, con su elocuente pluma, narró de manera bre-

ve los más importantes pasajes de la vida de la fotógrafa en *Mariana Yampolsky y la buganvillia*; ahí descubrimos singulares e insospechados momentos de su vida y obra.

Poniatowska nos muestra al personaje en sus múltiples facetas. Con ese estilo que la caracteriza la va dibujando y presentando en sus más detallados matices y altocontrastes, pues nos hace caminar por la senda de lo que fue una fuerte amistad y con ello el descubrimiento de diversas anécdotas de vida profesional y cotidiana, que enriquecen nuestra apreciación de esta recién desaparecida fotógrafa. Penetra en el mundo infantil de Mariana y nos lleva al imaginario de la artista al brindar-

nos detalles familiares, de amigos, colaboradores, glosando asimismo su particular visión del mundo, todos ellos enmarcados por los acontecimientos sociales y políticos que han rodeado la producción y la vida de Mariana Yampolsky. También nos presenta fotografías de la niña y la joven Mariana tomadas por su padre, donde se intuye el amor y la gracia de los retratos familiares. Además, la autora cita brevemente las causas y los intereses que atrajeron a la joven Mariana a venir a este país por su necesidad de colaborar con la labor antifascista que realizaba el Taller de la Gráfica Popular en esos años de la Guerra Fría. Un viaje temporal se convirtió en